



Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

GRANOLLERS, 25 MAYO DE 1941

NÚM. 39

Necesidad de la técnica en España

La gran revista de cultura y letras, «Escorial», en su último número, bajo el título de «España y la Técnica»; dedica su editorial a un estudio filosófico de la técnica y a la necesidad que tiene nuestra nación de ella. Dado el valor doctrinal y político que encierra el artículo de referencia, vamos a extraer de él aquellos párrafos más definidores, categóricos y periodísticos, para que, respondiendo a la finalidad de «ESTILO», dar a nuestros lectores una visión altamente autorizada acerca de la posición de la Nueva España frente al problema de la técnica e industrialización.

«A España le ha faltado la técnica, mientras los pueblos europeos la desplegaban fabulosamente. No sólo Francia e Inglaterra, los vencedores de España en el seiscientos, más también Alemania, igualmente vencida en Westfalia, y la disgregada Italia...

Causa dolor muy hondo leer hoy la serie innumerable de apellidos extranjeros que aparecen en la menguada historia de nuestra tecnificación.

Tales son los hechos, y junto a ellos es inútil cerrar los ojos. Pero los hechos no existen humanamente sino ante una conciencia vigilante que les da sentido; y, en consecuencia, tanto como ellos nos interesan las actitudes del español frente a esta somera y triste historia de nuestra técnica.»

Cita diversas actitudes o posiciones de los hombres españoles con relación a este problema, terminando por la que llama «Optimismo patrioter». «Somos unos «tíos» estupendos»; esta es, si se nos permite la chabacana y difundida expresión, la tesis «oficial» del patriotismo grueso y verbenero; bien en su línea casticista, ya descrita, bien en la seudotradicional o seudo-histórica, más frecuente en los medios capaces de expresión hablada o escrita. Estos hombres suelen pensar, o aparentar que piensan, que la virtud histórica de nombres como Otumba, Lepanto y Pavia se agota en el hecho de llenarse con ellos la garganta. «En cuanto nos pongamos, somos capaces de improvisarlo todo»; pero estos sentimentales del patriotismo, que aún quedan, ni se ponen nunca, ni improvisan. No sería difícil demostrar el complejo de simplicidad, sensiblería y—scherianamente—resentimiento, que forma el sustrato de tal actitud.

Frente a estas posturas mancas se alza la nuestra,

total, falangista. «Amamos a España porque no nos gusta», se nos enseñó. Queremos tenerla frente a nuestros ojos abiertos, verla tal como es, con su hermosura y sus lacras, con su excelsitud, su cortesanía y su barbarie, con su pronto heroísmo y sus desbocados apetitos individuales.

No queremos, ciertamente, caer en el optimismo infinitista, aquel que hacía decir a Novalis: «Nada es más accesible al espíritu (humano) que lo infinito»; sabemos que el hombre y el español tienen su límite, para dolor y gloria suyos, y acaso lo técnico—testimonio, la Historia—sea una de las primeras limitaciones del hombre español. Pero, de otro lado, más hemos de huir del pesimismo predeterminista y resignado. Creemos en el hombre como ser libre y creador, capaz de vencer heroicamente—así Iñigo de Loyola en el estudio barcelonés—la afición, la costumbre y la limitación de instrumentos; y si tiene límite, también es cierto que «en parte» lo fija él mismo con su operación y su entusiasmo.

Necesitamos la técnica, llámese esta burocracia, amoníaco sintético, método fenomenológico o motor de explosión. Pues bien; probemos aquí voluntaria, heroica y creadoramente cuál sea nuestro riguroso límite, contra la corriente de nuestra afición, de nuestro temperamento o de nuestro casticismo. «Hic Rhodus, hic salta», esta es nuestra divisa. Infundamos nuestro entusiasmo en la técnica. Después de todo, ahí están Sabadell, Eibar y Baracaldo, ahí la logística española en los días de Brunete y del Ebro, el autogiro o los saltos del Duero; y nuestra considerable generación de científicos y técnicos entre los cuarenta y los cincuenta años, que debe ser maestra de nuestro aprendizaje y discípula de nuestro entusiasmo. ¿Cuál es la posibilidad española por este camino? He ahí una pregunta incitante para nuestro capital, si se decide a ser una vez lúcido y audaz; y, en todo caso y momento, para nuestro Estado. Sin haber emprendido resueltamente esta marcha, librémonos de dar respuestas prematuras con fáciles ensayos de caracterización psicológica.

Lo cual tampoco equivale a postular una primacía de la técnica, al modo soviético o yanqui. Guardemos como un tesoro aquella ultimidad religiosa del español en su actitud frente a los hombres y las cosas, más aún; cultivémosla como la mejor de nuestra alma y de nuestra historia pretérita o venidera. Amemos también estos ojos españoles, que nos dan un mundo crudo y recortado, esta lengua para nombrarle apretadamente y esta pasión honda de vivir y mandar. Pero, por Dios, demos también nuestro ahinco a labrar la empiria y el arte, en aquel viejo y actual sentido aristotélico; porque, de otro modo, perderemos nuestro yo y nuestra historia, y sólo nos quedará como posibilidad—¡qué asco, camaradas!—ser «castizos».